

1) Confer.
HOMILIA DE S.E.R. MONS. RENZO FRATINI, NUNCIO APOSTOLICO
XXI ASAMBLEA GENERAL DE LA
CONFERENCIA ESPAÑOLA DE RELIGIOSOS
(CONFER)

11 de noviembre de 2014

Excelencia,
P. Luis Ángel de las Heras
Presidente de CONFER,
Superiores Mayores,
Queridos hermanos y hermanas,

Las palabras del Señor en el evangelio, ahora proclamado, nos ayudan a centrarnos en el espíritu de la vida consagrada. Porque ¿qué implica llevar a la vida la práctica de los consejos evangélicos, sino ir adquiriendo una conciencia, cada vez más clara de siervos?. El privilegio de la proximidad en el seguimiento de Cristo, consiste en una participación en sus trabajos por establecer su Reino.

Esta condición de “*siervos*” contiene en sí, para el religioso, un reclamo de pertenencia a la Persona de Cristo motivo de toda renuncia. En vuestra opción de vida por Él, el mismo Señor toma posesión de toda vuestra vida.

El punto de origen de la vida consagrada no se encuentra en una exigencia moral o ascética en primer término, sino en la voluntad del Señor que invita. Como señala perfectamente la teología de la vida consagrada, Cristo mismo, antes de proclamar su mensaje, formó a su alrededor un amplio grupo de discípulos orientando su corazón a una opción que exige la vida. La vida consagrada asumirá su ser auténtico cuando se comprende como “*signo profético*”, visible a los ojos de los hombres, para “*ayudar a la Iglesia a crecer por el camino de la atracción*”. Así lo ha recordado el pasado día 7 el Papa al recibir a los Superiores Mayores de la Conferencia Italiana de Religiosos (CISM). El seguimiento “*más de cerca*” de Cristo implica ponerse en camino con Él para vivir en un contacto constante e íntimo con Él. A este acercamiento, es Cristo quien invita. Lo hace mostrando su identidad y poder divino al exigir una total entrega que implica a toda la persona. Nadie, sólo Dios, puede pedir una renuncia a todo el resto por una fidelidad íntegra y absoluta a Él.

Pronto tendrá lugar la apertura del año de la vida Consagrada. Vuestra vida ha sido valorada como expresión de la gracia de la nueva Ley,

particularmente por la adopción de la virginidad que no puede observarse sino por quienes reciben este don. Al tener en cuenta este esencial punto, no es poco caer en la cuenta del peligro que supone una larvada mentalidad igualitaria subyacente en aquellos planteamientos que propugnan una licuación de la vida consagrada. Precisamente el Papa Francisco ha apuntado este problema cuando, el pasado día siete, decía a los miembros de la CISM, que *“la elección de la vida consagrada”* constituye un *“signo de contradicción en un mundo dominado por el individualismo y el subjetivismo”*. Nos viene a señalar el Papa que una autonomía, desde la concepción pragmática imperante en la mentalidad dominante, es totalmente disolvente y atenta a la comunión que Cristo dejó, la cual es una comunión orgánica, no un conglomerado artificial de individuos necesitados desde una perspectiva solo moral o psicológica. Por eso, afirmaba el pasado viernes el Papa Francisco que la vida religiosa *“no es una confrontación con las instituciones ni una actitud ideológica o de moda, sino que coincide con la santidad”* que nos lleva a vivir *“juntos como hermanos en la diversidad”*.

Por tanto, una reconciliación real de la vida consagrada, como la que intentáis en este primer día en el que inaugura vuestro anual encuentro, no puede ser sino una reconciliación con una ascensión, inteligente, profunda y agradecida, con el don recibido. Con lo que es el estado de vida consagrada a través de cada uno de sus aspectos. A la base de este estado resalta, mirando el evangelio, la condición específica de siervo y de servicio al Reino de Cristo. Pero sabiendo que este *“seguimiento”*, tan cercano a El que pide una adhesión total del ser, fue provocado por el Señor antes de explicar nada en su predicación. Primero pidió la práctica y luego la explicó. No la suscitó con sus explicaciones, sino que la movió con su poder. Estos aspectos los expone y resume muy hermosamente Jean Galot, cuando señala las dimensiones: mística, apostólica y escatológica de la profesión de los consejos evangélicos.

Cabe entonces preguntarse, desde la clave de *“reconciliación”* que habéis querido para este primer día de vuestro encuentro, acerca a los tres consejos evangélicos que habéis profesado.

Así, en torno a la castidad y virginidad consagrada, podemos pensar cómo vivo la preferencia de un Amor, el de Dios, que, valorado sobre todas las cosas, me condujo a renunciar a otro amor para apegarme a Jesús y crecer en semejanza a El, que fue todo para el Padre y por el Padre para los demás buscando su gloria sobre todas las cosas. En este sentido qué importante la revisión del compromiso en la oración mental, en la contemplación, de donde brota el estímulo y las fuerzas del espíritu y del corazón a cooperar, por la caridad, en el bien de los hermanos. En la virginidad se da una unión inmediata con Dios nuestro Señor. Desde este voto, vivís la conciencia de siervos de la que nos ha hablado hoy el Señor poniendo a la vista de que, vuestras personas dependen, permanentemente, de algo que no es de la carne

y de la sangre, sino de un don, del poder divino. Esto conlleva el ser consciente de que uno depende de ese don, no de uno mismo, para mantenerse y desarrollarse en este estado.

En cuanto a la pobreza, su motivo está también en el Señor: *“por mi nombre y por el Evangelio”* (Mt 19, 29). Cristo única y verdadera riqueza. El uso de los bienes terrenales aparece en un sentido y contexto comunitario para bien de todos y sometidos a las necesidades del apostolado y el testimonio de la caridad para con los más necesitados, los pobres. Esto nos pregunta acerca de nuestro propio contexto comunitario, de nuestras acciones de apostolado, del lugar de los necesitados, de la libertad del corazón apartado de la avidez de la esclavitud de los bienes del mundo. Somos hijos de Dios invitados a buscar *“primero el Reino de Dios y su justicia, lo demás – dice el Señor - se os dará por añadidura”* (Mt 6, 33).

Pero en este estado, la obediencia tiene un puesto muy clave que recuerda la Kénosis del Verbo encarnado. Mediante la obediencia, la acción divina se adueña de nosotros y nos eleva a una condición excelente, la de perfectos hijos del Padre celestial, hijos en el Hijo perfectamente obediente. La obediencia se vive en la oferta personal como hijo. Toda la vida en la tierra del Hijo encarnado transcurrió en la sumisión, se hizo esclavo tomando nuestra naturaleza, hasta el sufrimiento en señal de supremo heroísmo, llevando a su voluntad humana, que tenía como hombre perfecto, al don total de sí mismo: *“aprendió, sufriendo, a obedecer”* (Heb 5, 8). La obediencia lleva al religioso al abandono en las manos divinas del Padre. El religioso debe sentir florecer su libertad en una obediencia plenamente aceptada, en una libertad filial. Auténtica. Mirando a Cristo que, lleno de gozo, manifestó su obediencia en relación con el desarrollo de la misión al decir *“mi alimento es hacer la voluntad del Padre y llevar a término su obra”* (Jn 4,14) el consagrado no debe olvidar que la humildad de la obediencia contribuye a la expansión de la Iglesia, la conversión de los hombres al evangelio y el enriquecimiento espiritual. Cristo nos pide una obediencia total a su divina autoridad.

El mensaje de la reconciliación del que nos ha hablado S. Pablo en la primera lectura, es el mensaje que guarda el evangelio. Este mensaje no concilia el espíritu y la carne, sino que es una actuación preeminente y antecedente de la gracia, que es el amor de Cristo que nos apremia, y que es el único capaz de hacernos vivir trasportándonos de clave. Desde la clave del yo, a la clave del poder divino con docilidad del yo, con total disponibilidad y entrega. Por eso dice S. Pablo: *“dejaos reconciliar por Dios”*. Él es el que el que va delante con su gracia que nos precede, el que *“primorea”*, como gusta decir al Papa Francisco.

Sí, a un religioso le apremia el amor preferente de Cristo, un amor que ha experimentado animándole a dar el paso de su vida en la entrega de la

profesión, la cual es signo de esa reconciliación que supone, con los votos de pobreza castidad y obediencia, dejar a Dios que vaya por delante en la vida. Dejar que nos primoree. Dejar que su Poder y su don conduzcan todo nuestro ser. Sólo así, como recordaba no hace muchos días Mons. Luis F. Ladaria en una conferencia aquí en Madrid, que *“el cristiano es reconciliado y reconciliador”* Esto es *“la filiación y la fraternidad”* van unidas. El pecado, al romper la relación con Dios, rompe también la fraternidad entre nosotros. Ser *“agraciados y reconciliados”* son las características del ser cristiano porque en cuanto reconciliados somos radicalmente agraciados, transformados en la raíz, la santidad.

Procurando pues la santidad, os dice el Papa a los religiosos, hacéis *“circular en la Iglesia y en la sociedad la savia de la fraternidad, que presupone la conciencia de ser pecadores y la capacidad de pedir y ofrecer el perdón. Incluso cuando existen motivos de conflicto entre hermanos, - y dice el Papa en su estilo - es mejor terminar a golpes que alimentar el terrorismo de los chismes”* (Discurso a la CISM).

Por último os invito a acrecentar vuestra confianza y familiaridad para con la Santa Madre de Dios y siempre Virgen María. Hemos considerado ya que Cristo hace vivir en la cercanía de los discípulos los consejos evangélicos antes de explicarlos y proponerlos con su predicación, con lo cual resalta su condición de don y elección. Pues bien, ¿qué es María?. ¿A caso no vemos en Ella esta misma ley de la voluntad de Cristo?. Así es, en Ella se adelanta con toda propiedad el don de los consejos evangélicos. Cristo los adelanta en su Madre con su existencia misma, con su acto de ser Inmaculada desde su concepción. Ella, por inspiración del Hijo, que estaba antes en su mente que en su vientre, había tomado la resolución de permanecer en la virginidad, Ella nos hace vivir la obediencia de la fe y es la primera entre los *anawim*, de los pobres del Señor. Por María, imagen y prototipo de la Iglesia esposa, la virginidad recibe una maternidad fecunda de orden superior haciendo resaltar la fecundidad de la consagración virginal. La vida religiosa representa el corazón de la Iglesia, pero el corazón de la vida religiosa está en María, llena de fe en la anunciación, caritativa en la visitación, anticipo de la Hora que convirtió en Cana el agua en el vino del apostolado del Reino llevando a los sirvientes y discípulos a la escucha incondicional del Hijo, colaboradora con El, mediante su aceptación, al pie de la Cruz que dilata su maternidad sobre los redimidos por la muerte de Cristo.

Que Ella os acompañe siempre para *“ayudar a la Iglesia y a toda la sociedad [a dar] testimonio de fraternidad, de que se puede vivir juntos como hermanos en la diversidad porque en la comunidad no se elige antes; uno se encuentra con personas diversas por carácter, edad, educación, sensibilidad ... y sin embargo, se intenta vivir como hermanos”*, como os dice el Papa Francisco. Pedimos al Señor ser capaces de reconocer nuestras fragilidades pidiendo perdón y perdonando alimentando la fraternidad en la comunicad. Que así sea.